

la campaña de 2016, nadie parece recordar ese otro escándalo comprobado, que implicó a un país infinitamente más perjudicial para los intereses de Washington.

¿Las subvenciones ocultas recibidas por el bando demócrata habrían podido empujar al presidente Clinton a ceder, como contrapartida, secretos tecnológicos? La acusación se nos antoja enorme. ¿Pensó la Casa Blanca que esta transferencia de tecnologías no era tan estratégica como afirmaban los estrategas, o que, con o sin las patentes de Magnequench, los chinos se habrían hecho de todos modos con la tecnología a corto plazo? Subsisten numerosas zonas de sombra, que quizá jamás se consigan aclarar. En cualquier caso, Peter Leitner afirma que «la Administración Clinton estaba sumamente predispuesta a aprobar casi todo lo que los chinos deseaban». Y deja en suspenso este interrogante, que merecería meses de investigación: ¿fueron los imanes de tierras raras la pieza maestra de un enorme rompecabezas que mezclaba corrupción, cinismo y sed de poder?

#### DENEGADO EL ACCESO AL MAR DE LA CHINA MERIDIONAL

Una cosa es segura, subraya Peter Leitner: «Al comprar Magnequench, los chinos adquirieron la tecnología que les hacía falta para perfeccionar sus misiles de largo alcance». La cuestión reside en saber si esta antigua tecnología estadounidense equipa ahora los misiles balísticos Dongfeng-26, en principio capaces de alcanzar la base estadounidense instalada en la isla de Guam, así como los cohetes chinos antibuque Dongfeng-21D, que China exhibió al mundo entero con ocasión de un espectacular desfile militar celebrado en Pekín en 2015.

Apodado «asesino de portaaviones» y operativo en 2010, el sistema DF-21D constituye un pilar de la política de «dene-

ya sea utilizando el mapa de las tierras raras en negociaciones comerciales o intentando entorpecer desde el punto de vista militar a Estados Unidos? Esto es exactamente lo que el país asiático amenazó con hacer durante la primavera de 2019. Cuando Donald Trump acababa de prohibir al gigante chino Huawei el acceso al mercado norteamericano de telecomunicaciones, Xi Jinping, acompañado por su jefe negociador Liu He, visitó el emplazamiento de JL Mag Rare-Earth, un productor de tierras raras que se encuentra en la provincia de Jiangxi.<sup>25</sup> De esta manera, el presidente chino dejó claro que, en el caso de una escalada de las tensiones comerciales, Pekín podía golpear a Estados Unidos en su punto débil. La agencia de noticias Xinhua, supeditada al Partido Comunista, insistió unos días después: «Empezando una guerra comercial con China, Estados Unidos corre el riesgo de perder un suministro en materiales vitales para su potencia tecnológica».<sup>26</sup> Interrogado ante la Comisión de Inteligencia del Senado en 2017, el entonces director de la CIA, Michael Pompeo, subrayó que la cuestión de la dependencia de Estados Unidos de los suministros de tierras raras chinas seguía siendo «un motivo de preocupación muy serio» para su agencia.<sup>27</sup> No obstante, se guardó mucho de precisar lo que habían emprendido en concreto los servicios de inteligencia estadounidenses para resolver el problema. Anthony Marchese, presidente de la sociedad de exploración minera Texas Mineral Resources, planteó directamente la pregunta en 2014 a Michael Morell, que fue director adjunto de la CIA de 2010 a 2013. «Morell me dijo: “La buena noticia es que el asunto se encontraba en mi buzón de correo electrónico. La CIA está perfectamente al corriente del problema. Sin embargo —continuó—, la mala noticia es que estaba abajo del todo de mi buzón de correo electrónico, porque la Casa Blanca nunca notificó a la agencia que las tierras raras constituían una prioridad”.»

La reacción solo puede proceder de la Casa Blanca. El presidente Trump, que desea relanzar la actividad minera estadounidense, ¿favorecerá la reapertura de la mina de Mountain Pass con el fin de asegurar la independencia estratégica de su país? El secretario de Comercio de Trump, Wilbur Ross, ha anunciado asimismo que desea poner trabas a las importaciones de aluminio chino, un recurso que, lejos de servir tan solo para fabricar latas de refrescos, entra también en la composición de numerosos armamentos estadounidenses. «En el preciso momento en que nuestra industria militar necesita más aluminio de muy alta calidad, nosotros producimos cada vez menos y solo disponemos de un productor de aluminio que nos suministra la calidad utilizada en la aeronáutica»,<sup>28</sup> declaró.

El relanzamiento comenzó a surgir de un informe encargado por el presidente Trump el 21 de julio de 2017. Su objetivo era evaluar y reforzar la resiliencia de las cadenas logísticas de la industria de defensa estadounidense.<sup>29</sup> El informe, que fue entregado al presidente en la primavera de 2018, proporcionaba una base de datos de las industrias estadounidenses que garantizaban la soberanía militar del país. E identificaba especialmente todos los «puntos individuales de fallo», es decir, aquellas empresas y fábricas cuya desaparición podría paralizar por completo el conjunto de la industria de defensa estadounidense. Anthony Marchese intentó de nuevo averiguar más cosas y, en septiembre de ese mismo año, logró entrevistarse con uno de los autores del informe en un café situado fuera de la Casa Blanca. De la conversación se desprendió que «a la Casa Blanca no le gusta la idea de que Estados Unidos se provea de tierras raras procedentes de los chinos. Por tanto, la Administración se está planteando introducir lo que ellos llaman una cláusula “Buy American” en los contratos militares». Según esta cláusula proteccionista, los grupos estadounidenses de defensa estarían obligados a pro-

veerse de componentes militares solo en Estados Unidos, lo cual, lógicamente, relanzaría la producción y transformación de tierras raras en el territorio estadounidense.<sup>30</sup>

Tras las amenazas de embargo de China en la primavera de 2019, el Gobierno estadounidense publicó un informe que preconizaba una menor dependencia de Estados Unidos de los suministros chinos. Proponía la reapertura de minas de tierras raras, el reciclaje y la investigación de nuevos sustitutos. Y Wilbur Ross afirmó que el Gobierno federal «tomaba medidas sin precedente para asegurar que Estados Unidos siguiera con acceso a materiales vitales».<sup>31</sup> No obstante, lo cierto es que, «pese a la retórica del señor Trump, pocos cambios significativos se han producido hasta el momento», constata un experto estadounidense.<sup>32</sup> La Administración del país se muestra dividida sobre la cuestión. Los partidarios del *statu quo* opinan que las cantidades que habría que invertir a cambio de recuperar la soberanía de los suministros de tierras raras no valen la pena, que los volúmenes en juego son demasiado escasos, que el Pentágono siempre encontrará la manera de abastecerse (incluso procurándose los metales en el mercado negro), que la supremacía militar de Estados Unidos no está amenazada y que, de todos modos, los chinos jamás se atreverán a desatar una crisis de gran amplitud al tratar de perjudicar específicamente la estabilidad de los suministros del ejército estadounidense. Así, a falta de una soberanía recuperada, Estados Unidos permite que Pekín lo rodee de manera imperceptible con sus peones, como un jugador de go. Ahora bien, advierte Anthony Marchese: «Si permitimos que los chinos sigan actuando de ese modo diez años más, Estados Unidos dejará de gozar del estatus militar que hoy lo caracteriza».

Otros opinan que es hora de despertarse. Las tensiones con Pekín han alcanzado cotas extremas y la vulnerabilidad americana es tan fuerte que, a nivel político, la situación es in-

sostenible. Afirman que el enfoque soberanista de la Administración Trump no puede conducir a que disminuya el dominio chino sobre la producción de metales raros.

Mientras espera este sobresalto, Washington podría toparse con dificultades similares a las que, desde hace varios años, imponen a las administraciones demócratas, republicanas y a los industriales del revolucionario avión de combate Lockheed Martin F-35 Lightning II frente a dilemas cornelianos.

En diciembre de 2017, el Gobierno de Trump aprobó una estrategia de minerales críticos.<sup>33</sup> Y meses después, en la primavera de 2018, el presidente recibió finalmente el esperado informe.

#### CUANDO LOS IMANES CHINOS HACEN TAMBALEAR AL PENTÁGONO

El origen de este asunto se remonta a 1973, año en que Estados Unidos votó una ley que prohibía la compra a proveedores extranjeros de metales especializados que estuvieran destinados a incorporarse a las tecnologías armamentísticas.<sup>34</sup> El legislador había considerado que, teniendo en cuenta la importancia creciente, en el arsenal militar estadounidense, de los componentes con base de cobalto, zirconio o incluso titanio, perpetuar un tejido industrial nacional capaz de proporcionar tales productos permitiría a Estados Unidos conservar su soberanía de abastecimientos en tiempos de guerra.

A principios de la década de 1990, el primer ejército del mundo se planteó un reto gigantesco: concebir y poner en vuelo el competidor del Rafale francés, el avión de combate de quinta generación F-35, desarrollado por el grupo de defensa estadounidense Lockheed Martin. Este avión sigiloso, cofinanciado por numerosos aliados de Estados Unidos, ha costado ya 400 millardos de dólares, lo que lo convierte en uno

de los programas más costosos jamás lanzados por el ejército estadounidense. Y las esperanzas que en él deposita Estados Unidos están a la altura de la factura presentada al contribuyente: el F-35 no solo debería permitirle dominar los cielos, sino también estimular su industria de defensa y su balanza comercial, al tiempo que crea decenas de miles de empleos. Así, 2.500 ejemplares de este caza deberían ser entregados en las próximas décadas a Australia, Reino Unido, Países Bajos, Israel, Italia, Turquía e incluso Japón y Corea del Sur.

Ahora bien, en agosto de 2012 Northrop Grumman y Honeywell, dos de los más importantes subcontratistas de Lockheed Martin, comunicaron a la Administración estadounidense su preocupación en lo concerniente a los imanes de tierras raras integrados en ciertos radares, trenes de aterrizaje y sistemas informáticos que habían suministrado para el montaje del F-35. En efecto, Northrop Grumman había descubierto que sus radares, embarcados a bordo de 115 aviones sigilosos salidos ya de fábrica, contenían imanes producidos no por uno de los últimos fabricantes que subsistían en Estados Unidos, sino por un competidor chino, ChengDu Magnetic Material Science & Technology. Al parecer, un intermediario poco escrupuloso se había saltado las normas estadounidenses... Para decirlo de otro modo, ciertos aspectos del programa F-35 adolecían de ilegalidad, y perseverar en la compra de tales componentes resultaba impensable.

Se informó al Pentágono, y fue Frank Kendall, subsecretario de Defensa para Adquisiciones, Tecnología y Logística, quien se hizo cargo del dossier. La situación era complicada: esperar a que un productor de imanes estadounidense pudiera proporcionar los preciosos componentes en lugar de los chinos podía retrasar el despliegue del F-35. Y desmontar todos los aviones sigilosos en servicio con el fin de sustituir los imanes incriminados por piezas estadounidenses suponía un coste descomunal.

Así pues, en el Pentágono empezaron a plantearse la posibilidad de activar una cláusula derogatoria de la ley de 1973 cuando la seguridad nacional estuviera en juego. No obstante, ciertos altos responsables se mostraron circunspectos: ¿cabía tener la certeza de que China había entregado a los industriales del F-35 imanes de tierras raras que contenían no solo minerales, sino también programas espía? ¿Existía, en suma, el peligro de que este programa de 400 millones de dólares hubiera sido «contaminado» por algunos imanes que no valían más de 2 dólares la pieza? Al ceder a los chinos el control de las fases avanzadas en la cadena de producción de metales raros, ¿acaso Estados Unidos no había ofrecido a sus competidores la oportunidad de sustraer sus secretos militares y recuperar el retraso?

Tales preguntas conducían a otra que Estados Unidos se había planteado en numerosas ocasiones, una cuestión más amplia de seguridad nacional: ¿cómo asegurarse de que los chinos no introducían caballos de Troya en los microprocesadores y demás productos semiacabados que contenían metales raros y que ya vendían al mundo entero, incluidos los ejércitos occidentales? En 2005, un informe del Pentágono aludía incluso a la eventualidad de que virus malignos introducidos en sistemas electrónicos de los que el arsenal estadounidense se mostraba ávido pudieran perturbar el buen funcionamiento del material de combate en pleno conflicto.<sup>35</sup> Estos temores se vieron reforzados cuando en el Pentágono descubrieron que otros arsenales de importancia primordial contenían materias primas procedentes del Imperio del Medio, como el bombardero de largo alcance Rockwell B-1 Lancer, desarrollado por Boeing, ciertos cazas F-16 de Lockheed Martin y los novísimos misiles defensivos SM-3 Block IIA de la industrial Raytheon.

Kendall ordenó a Lockheed Martin que encontrara una solución. Entretanto, ni hablar de sustituir los imanes uno a

uno. La superioridad tecnológica del primer ejército del mundo y de numerosos aliados occidentales estaba en juego, mientras que China y Rusia desarrollaban sus propios aviones de combate sigilosos. Acuciado por el tiempo, sometido a fuertes restricciones presupuestarias y considerando ilusorio el peligro de que los chinos hubieran contaminado los componentes con tecnologías malignas, Kendall tomó una decisión: el bloque impuesto por la ley de 1973 no se aplicaría a ciertos imanes de tierras raras fabricados por el grupo chino ChengDu Magnetic Material Science & Technology Co., que a partir de entonces se convirtió en proveedor oficial del F-35.<sup>36</sup>

Como Estados Unidos no puede prescindir de los imanes chinos, Anthony Marchese señala que el Pentágono persiste, todavía hoy, en reiterar la dispensa. Y añade: «Las industrias del F-35 siguen comprando tierras raras a China. Punto final».